

In memoriam

Pierre R. Grondin, el Instituto de Cardiología de Montreal y los cirujanos cardiovasculares españoles: el prestigio, una institución ejemplar y un agradecimiento sin límite



Pierre René Grondin, uno de los pioneros de la cirugía cardiovascular y, sobre todo, un gran amigo de lo español y de los españoles, falleció el pasado 17 de enero, víctima de una súbita e infrecuente complicación, el síndrome de Boerhaave, un rotura esofágica concurrente con un esfuerzo extraordinario, como en su caso, la tos y el vómito.

Nacido el mismo día en que escribo estas líneas, pero un 18 de agosto de 1925, hace ahora 81 años, en la ciudad de Québec, su currículo se llenó de *Magna cum Laude* desde sus comienzos tanto en el *College* como en la Facultad de Medicina en la Universidad de Laval. De familia muy vinculada con la medicina, su abuelo y su tío fueron pediatras, y su padre, primero médico de familia en un pueblo y especializado en cardiología ulteriormente; Pierre, el hermano mayor, empezó su profesión como médico en la localidad de Trois Rivières, una ciudad de la

provincia de Québec, en Canadá, de cerca de 80.000 habitantes, y donde su padre, que se había formado con Lenègre en París y con Luisada en Chicago, tenía establecida una consulta y practicaba lo que hoy daríamos en llamar una cardiología «no invasiva».

Tras varios años de médico general, decidió ir a EE.UU., y en Filadelfia, en la Universidad de Pennsylvania, cursó 1 año de ciencias básicas en cirugía al que seguirían 5 de formación quirúrgica general en el hospital *Queen of Angels* de Los Ángeles bajo la supervisión y guía de Lyman Brewer III, por entonces profesor de la Universidad del Sur de California (USC). De vuelta a Trois Rivières, se despertó en él un especial interés por la cirugía vascular, lo que le llevó a solicitar un puesto de residente nada menos que a Michael DeBakey, aprovechando un encuentro aparentemente fortuito en un congreso del *American College of Surgeons*. Aceptado por DeBakey, llegó a

Houston en 1961, y allí se formaría en el hospital metodista pero también en *St. Luke*, donde fue jefe de residentes de cirugía torácica y cardiovascular en 1962 bajo la batuta de Denton Cooley.

Pero en 1963 a Pierre Grondin se le abriría un futuro inesperado de la mano de otro gran profesional de la medicina y de la cardiología de la provincia de Québec: Paul David. David buscaba por entonces un jefe de cirugía cardíaca que liderara su proyecto de convertir el Instituto de Cardiología de Montreal que había fundado en 1954 en un centro cardiológico reconocido mundialmente. Sabiendo que un quebequés francófono, Grondin, se hallaba en Houston, decidió pasar unas semanas para observar a su potencial fichaje. Cooley, astuto y agradecido sin duda por el trabajo de su jefe de residentes, dejaría a éste llevar el peso del servicio durante esas semanas, lo que impresionó a Paul David, quien le propuso unirse a él en la aventura de ese centro canadiense de primera fila.

Grondin empieza a trabajar en el ICM en enero de 1963, y en poco tiempo pasan de hacer 50 operaciones a corazón abierto a 250, una cada día lectivo del año. Poco a poco se convertiría en el centro más activo de la especialidad en Canadá. Pero, por aquel entonces, el ICM no era sino una planta de 45 camas en un hospital general, el Hospital Maisonneuve. En 1966, es decir, tan sólo 3 años después, el ICM estrenaba un nuevo edificio independiente en la rue Bélanger, en la zona nordeste de la ciudad de Montreal, con 110 camas, que pronto se convertirían en 170.

Pierre Grondin realizaría el primer trasplante cardíaco en Canadá, tan sólo 3 semanas después de que en mayo de 1968 Denton Cooley hiciera el primero. Allí, en el nuevo Instituto de Cardiología de Montreal, al final de 1968, Grondin conseguiría tener la segunda serie más importante de trasplante cardíaco tras la de Cooley en Houston, lo que le permitió auspiciar con gran éxito de asistentes la segunda Reunión Mundial de Trasplante Cardíaco en 1969 en su ciudad.

Pierre Grondin era corpulento y, en cierta manera, de aspecto tosco, en ocasiones brusco en sus modos, con unas manos grandes y gruesas, inusualmente asociadas a las de un cirujano que debe realizar un trabajo sobre vasos de 2 mm, pero encerraba cualidades muy importantes además de una habilidad quirúrgica extraordinaria. Amaba la música en facetas curiosas y le fascinaba cantar con fuerte voz de bajo cánticos religiosos que, como la mayoría, había aprendido en su juventud. El *Pange Lingua* estaba entre sus favoritos. Era un líder nato, capaz de arrastrar con convincentes argumentos incluso a quienes lo veían como un simple visionario inconsistente o lo tildaban de

fantasioso cirujano de una época en la que éstos eran realmente estrellas en una sociedad necesitada de dioses terrenales. Era un emprendedor infatigable de proyectos, un jugador de medio campo capaz de repartir juego a diestra y siniestra. Un permanente inquieto en la búsqueda de soluciones a los problemas no tan sólo del quirófano sino también de organización y gestión. Pero, además, tenía algo muy especial: era amigo entrañable de sus amigos. Podía discutir acaloradamente con alguien hasta extremos a veces apasionados y en los límites de la corrección, pero no terminaba sin un abrazo y un aumento de su nivel de amistad. Podía estar en el otro confín del mundo, pero no dejaría de ayudar a un amigo en una situación difícil bajo ningún concepto. Probablemente fue un adelantado en su tiempo en reconocer la importancia del ser humano en todos sus aspectos, y valoró a la persona más que ninguna otra cosa. Y esa actitud le haría abrir sus contactos a personas de innumerables países. Buscó siempre la ayuda de personas que podían influir en la realización de sus proyectos, y no se inhibía si era preciso llamar a un primer ministro, a un rector de universidad o a un cardenal si aquello podía materializar un objetivo, en gran número de ocasiones para favorecer a terceras personas.

Fue sin duda un pionero de la globalización. Su precocidad en la interpretación de lo que los recursos internacionales podían permitir le hizo salir de un nido en Montreal y comenzar a apoyar y consolidar proyectos y programas de cirugía cardíaca en países del Cono Sur americano y de América Central. Pero Europa también estaba entre sus objetivos, y estableció puentes de colaboración con diversas instituciones de Francia como el *Hôpital Laennec*, el *Marie de Lannelongue* o el *Broussais*; con Bélgica y Suiza donde entablaría buena amistad con Charlie Hahn, de Ginebra. Pero de entre todos los países europeos, el que más entró en su corazón fue, sin ningún género de dudas, España.

No se conformó con aprender el castellano leyendo asiduamente en el idioma de Cervantes, sino que sus conocimientos de España llegarían a ser equivalentes a los que tenía de su propio país, como en más de una ocasión comentaría su hermano, y también bien conocido internacionalmente cirujano, Claude. En una de sus visitas a Sevilla, que adoraba, conoció a Ramiro Rivera, por entonces jefe de cirugía del Hospital de las Cinco Llagas y uno de los centros en donde mayor volumen se operaba a finales de los 60 del siglo pasado. Grondin invitó a Ramiro Rivera a ir con su equipo a visitar el nuevo ICM y aprender las más recientes técnicas de revascularización miocárdica de la época, puentes con vena safena invertida

desde la aorta hasta más allá de la lesión arterial coronaria. De hecho, a su vuelta, Rivera realizaría las primeras intervenciones de derivación aortocoronaria, operación que después, y por muchos años, sería la intervención quirúrgica más frecuente en nuestros pacientes.

De esa amistad entre el cirujano de Jaén y el del Québec que empezaría en 1969, hoy, muchos cirujanos cardiovasculares españoles, entre los que me encuentro, han podido disfrutar de conocimientos quirúrgicos y experiencias clínicas, otrora inimaginables. Y sería a través de un convenio cuyos inicios, como casi todo en nuestro país, fueron, por llamarlos de alguna manera, «poco esperanzadores».

Como muy bien explicaba Ramiro Rivera en un artículo publicado en el diario *La Razón* en enero de este mismo año, Grondin había ofrecido a la Diputación Provincial de Sevilla, a la que pertenecía el Hospital de Las Cinco Llagas, desarrollar un convenio mediante el cual el gobierno de Québec se comprometía a dotar al servicio de cirugía cardíaca de todos los medios materiales de que carecía y a entrenar a todo su personal médico, técnico auxiliar y administrativo sin ninguna contraprestación económica por parte española. Las autoridades sevillanas vieron con agrado la oferta, viajaron al otro lado del Atlántico para constatar y comprobar su viabilidad y, sin embargo, por razones que ignoramos, no llegaron nunca a firmar el convenio.

Sería con posterioridad, al acceder Ramiro Rivera a la jefatura de servicio del Hospital Provincial de Madrid, cuando a instancias del propio presidente de la Diputación Provincial de Madrid, quien como cirujano había sido informado de esta posibilidad, se instó al vicepresidente de la Diputación Leopoldo Matos a viajar a las ciudades canadienses de Québec y Ottawa para con las autoridades provinciales y nacionales suscribir el convenio Madrid-Québec.

Este convenio, que se estableció por un periodo limitado de tiempo, se extendió a no sólo la cirugía cardiovascular sino también a la anestesiología, la cardiología, la radiología e incluso a otras áreas distintas de la medicina como la agricultura, acuicultura, etc. Pero, en todos los casos, Grondin sería el valedor de los intereses de los españoles, ya que en cierta manera se sentía uno más de entre nosotros.

Muchos cirujanos cardiovasculares pasaron por el ICM gracias a este convenio cuya más importante característica era que permitía a los españoles ejercer la medicina en aquel centro hospitalario y formarse de manera real y práctica, no como observadores, sin necesidad de llevar a cabo los exámenes de convalidación, exámenes similares al más conocido ECFMG

de los EE.UU., pero de dificultad similar y llevado a cabo por el *Collège Royal des Médecins du Québec*. Este privilegio, al margen de su bondad intrínseca, permitía una movilidad y agilidad realmente importantes.

Una gran mayoría de los cirujanos españoles fueron por periodos de entre 3-6 meses, y si bien en un principio todos provenían del Hospital Provincial de Madrid, como los Dres. José Luis Vallejo –quien fue hace pocos años presidente de la Sociedad Española de Cirugía Cardiovascular y, de alguna manera, el sucesor actual de Ramiro Rivera en el Hospital Gregorio Marañón–, Juan Duarte –hoy jefe del servicio del Hospital de La Princesa en Madrid–, Coro Juaneña –que posteriormente trabajaría en el Hospital de Cruces y fallecería a temprana edad–, Mariano Rico, Joseba Zuazo –jefe de Basurto en Bilbao–, José Antonio Gutiérrez –en Santander desde su vuelta a España–, Fakhri Musa Salem –hoy cirujano en San Diego–, José González Santos, actualmente jefe en Salamanca, y otros cuyos nombres no vienen en este momento a mi memoria, se unieron a cirujanos de otras instituciones españolas que en determinados momentos aprovecharon el convenio. Así, colegas del Hospital de La Macarena en Sevilla, donde Carlos Infantes, discípulo de Ramiro Rivera, dirige desde hace años el servicio, también disfrutaron de este acuerdo hispano-quebequés, de entre los cuales no podría olvidar a Julio Triviño, quien con posterioridad establecería como el que suscribe estas líneas una más que entrañable amistad con Claude Grondin y su numerosa familia. Algunos, sin embargo, como Manuel Galiñanes –hoy jefe de Cirugía Torácica de Leicester en Inglaterra–, pasarían más de un periodo en Montreal e incluso cambiarían a otros hospitales donde se realizaban intervenciones en cardiopatías congénitas en la infancia, como el de Ste. Justine, donde el volumen de actividad y su inigualable dedicación a los niños hacían del centro otra referencia importante de la especialidad.

Por avatares del destino, yo, que debía ir a Zúrich con el Prof. Marko Turina para completar mi formación, especialmente en el área de la revascularización miocárdica, había desayunado unos meses antes con Ramiro Rivera y Marko Turina. La amistad con este último databa de algunos años y, a pesar de la diferencia de edad –por entonces parecía enorme–, era y ha sido franca amistad, habiendo estado involucrados juntamente en la Asociación Europea de Cirugía Cardiorádica durante mucho tiempo. Curiosamente, Rivera y Turina no se conocían personalmente, y aquél, con su exquisita elegancia y señorío que le caracteriza, me pidió discretamente si se lo podía

presentar. Del aquel desayuno, en que me sentía claramente en una situación de gran inferioridad, surgió el conocimiento de Rivera de que yo estaba planeando ir a Suiza pero que podía tardar un tiempo hasta que tuviera los papeles de inmigración resueltos. Si esto era septiembre, con casi absoluta probabilidad –fecha de los congresos de la EACTS– el 23 de diciembre de ese mismo año Ramiro Rivera informaba a Carlos Gómez Durán de que me esperaban en el ICM el día 5 de enero y que el 6 estaba de guardia.

Mi sorpresa fue tan grande como la de mi jefe, pues ninguno de los dos estaba con semejante idea en la cabeza, pero lo cierto es que esa parecía una oportunidad excelente como interino hasta mi marcha a Zúrich y, animado por Carlos, emprendería un viaje que duraría bastante más de los 6 meses previstos inicialmente; desde 1980 hasta mediados de 1983.

Y cuento esto porque ese convenio fue, lo creo sinceramente, prodigioso. La estancia en el ICM me permitió, además de conocer a cirujanos y personas excepcionales, realizar personalmente más de 600 intervenciones en pacientes coronarios, pero también en un sinnúmero de valvulares y otras enfermedades. Era entonces una institución en la que se disponía de cuatro quirófanos para cirugía cardíaca en los que se realizaban habitualmente dos intervenciones diarias en cada uno. Hoy, en España, no hay un centro que haga las 700 intervenciones abiertas al año. Adicionalmente, pude presentar trabajos en los más prestigiosos congresos americanos, publicar en las mejores revistas de la especialidad y mantener un hábito, adquirido antes con Carlos Durán, de investigación experimental y clínica. Una cardiología puntera apoyada en un Ihor Dyrda, un Pierre Théroux, un Bernard Chaitman o un David Waters, un Lucien Campeau con Paul Robert David en hemodinámica y Jaques Lesperance en radiología eran el complemento idóneo. Un área de investigación tanto clínica como experimental dirigida por nada menos que un Martial Bourassa, conocido mundialmente por sus aportaciones en la enfermedad coronaria. Pero lo más importante era el espíritu de quienes enseñaban. Un mes más tarde de mi llegada al ICM y hasta mi marcha, Claude, hermano menor de Pierre Grondin, me permitía operar la casi totalidad de sus pacientes. Tras el segundo año, mi estancia se convertiría en una simbiosis excelente, aportando lo que ya conocía de reparaciones de la mitral y la tricúspide, poco frecuentes entonces en América, e incrementando programas de investigación como la asistencia circulatoria, la protección miocárdica o el trasplante. Con Yves Castonguay preparamos el programa de trasplante cardíaco clínico. Fuimos a Stanford con

Norman Shumway y realizamos juntos el primero de la segunda época, la que hoy perdura. Una joven paciente con una miocardiopatía avanzada que trataba la Dra. Anne Ouellet.

La atmósfera que se respiraba, aun cuando distante de nuestra mentalidad mediterránea, era tan atractiva para quien estaba ávido de aprender, de investigar y de publicar que dudo existieran entonces instituciones similares en las que un cirujano se pudiera formar. Y lo mismo se puede decir de un gran número de cardiólogos españoles que allí se formaron o completaron su formación... desde Juan Luis Delcán o Lorenzo López Bescós hasta Amadeo Betriu, David García Dorado, Xavier Bosch, Ángel Cequier o Antonio Serra, entre muchos que recuerdo. En anestesia, Marcel Boulanger, también amante de lo español y que hablaba un castellano extraordinario, formó a un buen número de anesthesiólogos, especialmente de Madrid y Sevilla.

Pero yo ya no trabajaría directamente en el ICM con Pierre Grondin. Como todos los grandes, fue mal entendido por algunos, y su desencanto del sistema sanitario del Québec fue tal que decidió marchar de nuevo a los EE.UU. Marjo, su mujer, con un envidiable español aprendido hacía años y perfeccionado en sus innumerables viajes a España, apoyó la idea de volar a Florida, territorio emblemático para los del Québec por atemperar los crudos inviernos de su provincia (*Mon pays, n'est pas un pays, c'est l'hiver...* diría el poeta). En el *St. Francis Hospital* de Miami, donde desde 1978 realizó un importante volumen de cirugía cardíaca y vascular, pasaría 12 años operando norteamericanos, cubanos y muchos compatriotas que preferían seguirle a los EE.UU. que ser tratados por un sistema público cada vez más restrictivo para los pacientes y menos incentivado para los profesionales sanitarios. Pero sus iniciativas no paraban... Médico en líneas de cruceros, anfitrión permanente de cualquier español que llegaba a Miami, al o a quienes venía a recoger en su espléndido coche blanco, cenas y coloquios... todos los días una actividad febril.

Su capacidad de trabajo y entusiasmo le impulsaron, a la edad en que en España se jubila a los profesionales de la sanidad pública, a recomenzar en el más antiguo hospital de toda América un nuevo programa de cirugía cardíaca. Las cosas parecían que habían cambiado en la vieja provincia, y la sanidad ofrecía cuando menos unas expectativas diferentes. A sus 65 años empezaba un programa en el *Hôtel-Dieu* de la ciudad de Québec, donde se realizarían 400 intervenciones anuales a corazón abierto entre los tres cirujanos de plantilla.

A los 70 años decidió retirarse de la cirugía activa, pero seguiría en contacto con sus colegas, especialmente los españoles, participando de manera activa en las reuniones de la Sociedad de Cardiocirujanos, de la que, además de uno de los miembros fundadores con Ramiro Rivera, fue presidente desde 1979-1981. Por la sociedad luchó hasta en los momentos más bajos con ahínco y decisión propias de quien se siente realmente involucrado hasta la médula. Se pagó sus innumerables viajes e intentó atraer a los mejores profesionales en cada momento a unas reuniones del más alto nivel. Creo que un premio a la mejor presentación con su nombre sería un tributo a valorar por la directiva.

Sus más de 80 años de vida le llevaron a acumular muchos títulos académicos, incluidos varios *Honoris Causa*, medallas de entre las que destacan la *Grande Medaille de la Alliance Française*, la *Order of Cana-*

da y la Gran Cruz del Mérito Social española, la gloria de ser con Paul David (1919-1999) uno de los artífices del ICM, una de las instituciones de mayor prestigio en la especialidad a nivel internacional, ser miembro activo de las sociedades de más relevancia en la cirugía y en la cardiología, haber escrito más de 120 publicaciones científicas y presentado incontables comunicaciones a congresos, pero lo que sin duda quedará en el recuerdo de todos es su bonhomía, su carácter emprendedor, su madera de líder, su inquebrantable sentido de la amistad y lo que su tesón y constancia permitieron que muchos de quienes hoy trabajamos en la cirugía cardiovascular y en la cardiología, española e internacional, tuviéramos una formación más completa de lo que siempre, orgullosos, le seremos deudores.

José-Luís Pomar